



TREMECÉN.

La ciudad de Tremecén está edificada sobre uno de los machones al N. del Atlas pequeño y de la meseta del centro de las montañas que separan el desierto de Angad de las tierras de Jabor. Está dominada al S. por montañas altas, de las cuales la mas elevada es la del Nador, situada á mas de cuatrocientas varas sobre el nivel del mar, y desde cuya cima se extiende la vista hasta la plaza de Orán, y se descubre el desierto de Angad ó desierto pequeño que solo dista cuatro leguas hacia el S. Debajo del Nador está la montaña de Djebel-Tierné, dominando una meseta cruzada por un río que despues de dirigirse al E., se precipita formando una cascada magnífica, toma el nombre de Sefsal, y riega una parte del territorio de Tremecén. Esta meseta termina en su parte inferior por dos montes: uno se llama Ahsriad y el otro Leifa-Setti, que está rodeado hacia el N. por una cascada brusca de roca viva. Al pie de estos montes nace un declive muy dulce y cubierto de una tierra vegetal excelente, un plano inclinado y ondulado sobre el cual está colocada Tremecén.

Esta ciudad está situada á trescientos metros sobre el nivel del mar. Su longitud por el meridiano de Paris es de 3° 6' O., y su latitud de 33° N. Su superficie era antes muy estensa; tenia varios circuitos formados por murallas de tierra apisonada, muy sólidas, teniendo la última exterior cuatro mil varas de circunferencia, segun se infiere de los trozos de muralla y torres cuadradas que se ven aun ahora. La parte antigua de la ciudad tiene mucha irregularidad, las calles son tortuosas, estrechas, desprovistas de uniformidad en las edificaciones, y refrescadas algunas de ellas por fuentes abundantes. Se divide en cuatro cuarteles, cuyos destinos respectivos han sido alterados por la ocupacion francesa, pues los europeos ocupan uno los judios el cuartel del centro del S. al N., mientras que los colougis (descendientes de los turcos) habitan el E. y el S., y los hadras (árabes) estan situados en el N. E.

La ciudad está rodeada por una sola muralla aspillada y tiene una ciudadela llamada Méchouar, que está situada al S. lindando con la poblacion, á la que domina imperfectamente. La Méchouar está formada de murallas de tierra apisonada que con el transcurso del tiempo ha adquirido una solidez equivalente á la de la piedra. Al N. por el lado de la ciudad, y al S. por el lado de la montaña, los muros de la ciudadela presentan una platería donde se colocan varias piezas

de artillería destinadas á defenderla contra el enemigo exterior y contra los habitantes de la poblacion si fuere necesario. Se cree que la Méchouar fué construida por el sultan Goumzassen, cuyas cenizas reposan al pié de sus murallas. Estaban encerradas en un mansoleo cuadrado, que hoy se halla destruído y que llamaban los árabes *Mareboul*, atribuyéndolas la propiedad de curar los dolores de los buenos creyentes que hacian oraciones prolongadas. La Méchouar estaba mandada antes de 1830 por Mustaká, que se hallaba entonces á la cabeza de los colougis. Este jefe era enemigo personal de Abd-el-Kader, y fué nombrado general por Luis Felipe, en recompensa de los servicios que habia prestado á la Francia. Murió alevosamente cayendo en una emboscada que le prepararon sus enemigos, cuando volvia de una expedicion victoriosa con los franceses, los cuales sintieron mucho su pérdida.

En 1836 la Méchouar fué ocupada por 600 franceses que dejó en ella el mariscal de campo Clausel bajo las órdenes del capitán Cavagnac, al que dió el grado de comandante de batallon. A la cabeza de estos voluntarios y con la ayuda de los colougis, este militar valiente resistió durante 18 meses á las tropas de Abd-el-Kader.

La Méchouar tiene actualmente edificios que sirven de hospital (mientras se construye uno en la ciudad), de almacenes de granos, de parque y de polvorin, y un cuartel nuevo que puede contener hasta 1800 hombres. Todo el circuito de la Méchouar ha sido convertido en plaza pública que está plantada de árboles, y que tiene en el lado opuesto una fila de casas europeas. De esta plaza salen varias calles rectas y formadas de casas nuevas, que dan un aspecto francés á la poblacion. Estos edificios han sido construídos desde el año de 1842, época de la segunda ocupacion de Tremecén por los franceses á las órdenes del teniente general Bugeaud.

Hay tambien en Tremecén un gran palacio para el general, un hermoso pabellón para los oficiales, dos cuarteles de infantería y uno de caballería. Enfrente de la Méchouar hay una capilla provisional hasta que se construya una iglesia que domine toda la llanura, de manera que yendo de Orán ó de la mar se vea desde algunas leguas la águila, emblema de la cristiandad, campear mas alta que la media luna, emblema del mahometismo.

Hay en la poblacion un gran número de mezquitas, pero la mayor

parte de ellas se hallan en muy mal estado, y no se van á conservar más que brece, que es todavía un número bastante considerable. La parte grande de la población está formada por casas cuadradas, con una galería interior; son de un solo piso y cubiertas con azoteas, en las que se pasean las mujeres por la noche, y se suelen efectuar citas también entre personas de sexo diferente. Las habitaciones no tienen más que una ventana interior que dá al patio, en el que hay generalmente un pozo ó una fuente, y enormes cepas de vid ó algún árbol frutal que dá sombra y frescura en verano á los habitantes.

La población de Tremecén era antes muy considerable y ascendía, según algunas tradiciones, á 200,000 habitantes, entre los cuales había 80,000 ginefas cuyos caballos estaban cubiertos con monturas y arrejos recamados de oro y plata.

En un tiempo menos remoto, en el año 960, se contaban hasta 16,000 casas, y se celebraba uno de los mercados de África más abundantes en tibia (oro en polvo), esclavos, almizcle y émbar.

Hoy se calcula que la población asciende á 5,000 coolougis, 5,500 hadars, 1,300 judíos y 1,000 europeos. Hay además una guarnición movillada de 4,000 hombres. También se ven turcos, habitantes de la llanura y de las montañas, y negros libres y esclavos. Los habitantes de la ciudad son generalmente fuertes, de una estatura regular y de buena salud; los niños son muy hermosos, tienen el cutis tan blanco, fino y sonrosado como los europeos, pero con la edad pierden la hermosura de sus facciones, su semblante se adelgaza y se prolonga, y se ponen más morenos, aunque siempre son más blancos que en el resto de la Argelia. Los naturales de los alrededores que llevan al mercado granos y mercancías, son fuertes, altos y robustos. Entre los habitantes de la ciudad hay algunos que padecen enfermedades escrofulosas y de los ojos.

Para probar la antigüedad de Tremecén, un autor árabe ha escrito la crónica siguiente: «Después del diluvio, habiendo tocado el arca de Noé en una serie de rocas llamada Lella-Setti, donde se edificó después un marabout, Soliman ó Salomon, hijo de David, preguntó á una paloma que había saltado Noé la edad de la ciudad cuyas ruinas tenía á sus pies. La paloma le dijo que se lo preguntara á una águila de edad de 400 años, que habitaba en la cima de un monte inmediato llamado Hhanif. Soliman mandó que buscaran el águila; la abalaron desplumada y sin fuerzas por su mucha vejez. La hablaron del tiempo pasado, y la dijeron que fuera á ver á Salomon. «No puedo ir, respondió el ave, á no ser que Dios me devuelva las plumas y las fuerzas.» Llevaron su respuesta á Salomon, y este pidió al estador que hiciera este milagro, lo cual le fué concedido. El águila fué al instante á ver á Salomon, y este le preguntó la edad de aquella ciudad arruinada. «No lo sé, pero mi abuelo te lo dirá; vive aun, habita en el Hhanif y tiene 750 años.» Salomon fué á ver al abuelo del águila, quien le dijo: «La ciudad estaba muy poblada, y aprontaba un contingente de 35,000 guerreros. Pero un día se abrieron los habitantes á Dured, entre las montañas Hhanif (donde hay una cascada que cae de más de 200 pies de altura y presenta un golpe de vista magnífico), y pasaron allí el día entregados á diversiones sencillas y propias del campo. Uno de ellos que estaba paseándose, vió siete víboras pequeñas que estaban jugando unas con otras, y las mató. Cuando volvió la víbora madre, que era muy grande y tenía siete cabezas, y vió sus hijuelos muertos, se puso furiosa, abusó por todas partes alguna en quien satisfacer sus deseos de venganza, y no hallando á nadie, fué al manantial y le envenenó con su propio veneno. Este manantial, que surtía de agua á la ciudad, causó la muerte á todos los que bebieron de ella, por medio de una escultura pública que se comunicaba á las personas que se aproximaban á los enfermos, de modo que pereció totalmente la población.» Aun se vé una escultura que representa la serpiente, encima de la puerta de la mezquita de Aghadit.

Las aguas de la ciudad son buenas y abundantes. El manantial más importante surge al pie de la montaña del S. llamada Aharhad, que continúa al E. con el Hhanif. Esta agua entra en un acueducto cubierto que la lleva á la ciudad por un lado y por el otro se pierde en las montañas. Dice Aboufeda que este acueducto tiene seis miles de largo para que no puedan cortarle y quitar las aguas á la ciudad. Según la opinión del mismo autor, Tremecén era en 1240 la capital de un reino esteno. El origen del conducto de agua ha dado lugar á varias crónicas de los cuales la más original es la siguiente: «Un árabe del desierto fué á comprar grano á la ciudad, y bebió agua de una fuente pública, hallándola exactamente el mismo gusto que al agua de un manantial que existía en la base de una montaña en su país, lo que comunicó á varios habitantes de la ciudad. Le aconsejaron que echara salvados y paja en el manantial cuando volviera á su país, para ver si estas sustancias llegaban á Tremecén con el curso del agua. El año siguiente se dirigió de nuevo el árabe á Tremecén, y echó una cantidad de paja y salvados en el manantial. A su llegada preguntó si no habían visto nada en el agua durante su ausencia. Los habi-

lantes recordaron efectivamente que en aquella época habían visto salir el agua turbia, y dieron parte del descubrimiento al *Cadi* (jefe de la policía indígena), el que hizo comparecer á su presencia al árabe del desierto. El funcionario público le hizo poner incommunicado, después de haberle obligado á explicarse y haber conocido que decía la verdad; reunió al instante á los *Adjemmas* (consejo de los principales), y comunicó lo que acababa de averiguar y los temores que tenían de que los habitantes del desierto cortaran las aguas á la ciudad. Dijo en seguida que era necesario, en su concepto, deshacerse secretamente de aquel individuo á fin de que no pudiera divulgar el origen del manantial que surtía de aguas á Tremecén. Se adaptó su soplon, y aquella misma noche fué asesinado el árabe en su calabozo.»

Sea cual fuere la parte de verdad que haya en esta historia, lo cierto es que el agua que sale de la montaña viene de sus entrañas, puesto que tiene una temperatura constante de 15 grados.

Al O. de la ciudad y á una distancia de dos mil varas hay un estenso recinto cuadrado, llamado Mansourah, que tiene una superficie de 12,000 varas sobre 900, rodeado por una muralla coronada de almenas. Hay torres cuadradas distribuidas de 40 en 40 varas, y cuatro puertas en los cuatro frentes.

El interior del Mansourah contiene dos manantiales muy buenos de agua, las ruinas de una mezquita y los restos de un minarete adyacente. Este minarete parece haberse caído de arriba abajo por la mitad de las caras del N. y del S., y toda la parte del E. se ha hundido, mientras que la del O. resiste hace algunas siglos á los vientos impetuosos que parece deberian derribarle con facilidad, según la poca solidez que aparenta tener el edificio. La singularidad de esta destrucción parcial ha dado origen á una crónica bastante curiosa: «Los *Adjemmas* pretenden que un judío y un mahometano fueron los encargados de la construcción del minarete. Cuando estuvo concluido, los mahometanos no quisieron que bajara el judío por las escaleras para que no las manchara con su presencia y con sus pisadas. Le dijeron entonces que inventara un medio de bajar por los aires. Después de haberles reconvenido ágramente por su ingratitude, se hizo un par de alas, y las adaptó del mejor modo posible á sus hombros. Antes de lanzarse como leuro á los aires, rogó á Dios que le vengara si le sucedía una desgracia. Sus temores no eran infundados, pues las alas se desmenuzaron en cuanto salió del minarete, y fué á caer en un barranco en el que se rompió una pierna, y que se llama aun con el día el *barranco del judío*. Sin duda acogió Dios sus ruegos benignamente, pues castigó á los ingratos: al mismo tiempo que el judío se rompía la pierna, se hundía la parte del minarete que él habia construido, arrastrando la parte adyacente de la mezquita. «Este ejemplo de la justicia divina aterrorizó de tal manera á los musulmanes, que no se atrevieron á reedificar lo que Allah (el todopoderoso) habia destruido.»

Hay varios ejemplos de esta intolerancia religiosa entre los musulmanes; pero desde que estan en contacto con los europeos se han corregido mucho de este defecto, hasta el extremo de permitir á los cristianos que penetren en el interior de sus mezquitas con la simple condición de descalzarse á la entrada.

Más arriba del Mansourah hay en un sitio llamado Lella-Setti una cascada enorme, cuyas aguas movían antiguamente varios molinos, pero actualmente solo sirven para regar los campos inmediatos que estan cubiertos de olivos é higueras. Entre el Mansourah y Tremecén hay un estanque que está actualmente seco y tiene 200 varas de longitud y 100 de anchura; es de tierra apisonada y servía antiguamente para regar la llanura. Desde la cima de la montaña del E. corre un riachuelo que mueve varios molinos de trigo y de aceite, algunos de los cuales han sido edificadas por los europeos. Antiguamente habia tambien entre dicha montaña y la ciudad algunos monasterios cristianos. La vegetación es hermosa en los alrededores de Tremecén. Hay cogales de una corpiñeta prodigiosa, cerezos, manzanos, perales, ciruelos, membrillos, almendros, albaricoques, melocotones, olivos, fresnos, chopos, sauces, caucos, framineses y otros arbustos europeos; tambien hay un poco más lejos limoneros, higueras, granados, olivos, viñas, etc.

En cuanto á ganados hay hermosos caballos, buyes corpiñentos y robustos, vacas, ovejas, cabras, mulas, asnos y camellos.

Los animales feroces como el león y el tigre escasean, pero hay muchas hienas y chacales. La caza abunda extraordinariamente.

La industria está poco desarrollada; sin embargo fabrican telas de lana y aun de hilo; tapices bastante hermosos, sillas de montar bordadas de oro y plata, armaz, alfarería, etc.

Se dice que hay minas de plata en la comarca de los Beni-Améris y de los Tráshs, y minas de cobre en la de los Beni-Laouis. Tambien las hay de antimonia.

Hay aguas termales en varios puntos del territorio de Tremecén, y en algunas de las manantiales se ven aun baños de piedra que pare-

con haber sido construidos en el tiempo de los romanos. Hay un camino bastante bueno desde Orán á Tramecen.

Tramecen tiene buena fama por la salubridad del aire y la abundancia de aguas. Esto se confirma por la buena posición que ocupa, pues parece un oasis en el desierto, particularmente en el verano cuando se ha hecho ya la cosecha, y yendo de la parte del mar está la tierra seca y árida.



DON JUAN AROLAS.

El día 20 de junio de 1805 nació en Barcelona el celebrado poeta Arolas, de una acomodada familia del comercio de aquella capital. Allí corrieron los nueve primeros años de su infancia, hasta que en 1814 se trasladó á Valencia en compañía de su padre, que se estableció en ella por efecto de sus operaciones mercantiles. Estudió en las Escuelas Pías la gramática latina, manifestando desde luego una tan decidida vocación por el estado religioso, que en vano procuraron combatirla sus padres haciéndole presente las graves consecuencias de su resolución. Firmó siempre en su idea, se trasladó á Peñalba de la Sal, punto que le fué destinado para cumplir los dos años de noviciado que la regla de los Escolapios ordena, y á donde se entregó con tanto ardor al estudio de los autores clásicos y sagrados, que sus maestros se vieron más de una vez obligados á esconderle los libros, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, para templar el ardoroso afán de ciencia que lo devoraba.

En esos dos años de prueba, en esos años en que su ardiente imaginación, excitada por la soledad, y enardecida por un alma de fuego, necesitaba mas aire, mas espacio que el que podía ofrecerle la monástica vida monacal y el aspecto de un pueblo de sencillísimas costumbres, compuso sus primeros ensayos poéticos. No nos permitiremos descubrir el velo que encubre el sacerdotado del joven Arolas en aquella época para él de amorosas y ardientes ilusiones: no buscaremos en las vivas imágenes y delirante lenguaje de aquellos versos, el misterio de su retiro; ni profanaremos el secreto de su alma, y el casto amor de sus primeros años. El *Libro de amores*, las *Poesías pastoriles* y las *Cartas amatorias*, son tres tomos escritos con una pluma que destila amorosos pensamientos, ideados con una imaginación llena de entusiasmo febril, y con un corazón exhalando desde su infancia los ayes de amargas y enérgicas pasiones. El arpa de Ossian era el consuelo de su existencia, su único amigo, su familia; él lo confiesa cuando dice:

En medio de las sombras del espanto  
Que rodean la vida, en sus abrojos,  
Dos dichas mas concede el cielo santo:  
La lira, y la mirada de unos ojos,  
Que son todo mi encanto.

La poesía y el amor; hé aquí los dos poderosos agentes del corazón del malogrado poeta que nos ocupa: ¡cantar! ¡cantar los grandes hechos! ¡cantar á la naturaleza, á Dios, á las pasiones! ¡Amor! ¡amar al Ser supremo, al hombre, al tiempo, á la flor! ¡Cantar, amar y morir! hé aquí el secreto de su vida, la historia de su alma!

Las *Cartas amatorias* están escritas con una dulcísima entonación que revela la melancólica esperanza y los dorados ensueños en que se mecía el corazón de su autor.

Las *Poesías pastoriles* respiran la naturalidad y sencillez de Jáuregui, sazonada con la miel de Meleódez. Son dulces y fáciles como la *Aminta* del Tasso.

El *Libro de amores*, que dice ser una traducción, contiene quince capítulos en prosa, á los que ha dado el autor el título de *Beos*. El alma dominó á la cabeza en estas composiciones voluptuosas y acres, como llama Saint-Preux al beso de Julia; el corazón del novicio culpa con sus ardientes latidos el negro sayal de Calasanz; la edad triunfaba de la razón, el poeta del hombre.

El día 27 de agosto de 1821 profesó, y pronunció sus votos al pie de los altares, dedicándose al estudio de la filosofía y de la teología, hasta el mes de octubre de 1823, en que se encargó de las cátedras de sintaxis y rudimentos de latinidad, que estuvo explicando á los alumnos de la Escuela Pía hasta el año de 1842.

Durante estos catorce años, la poética imaginación de Arolas acabó de remontar su vuelo, robustecida con el estudio é inflamada por la meditación. Escribió, horró, volvió á escribir, limitada su ambición literaria á merecer el aplauso de sus amigos; hasta que impulsado por éstos fundó en 1833, en unión con su compañero de religión D. Pascual Perez, el *Diario Mercantil* de Valencia. Escribió en él algunos artículos en prosa; pero desengañado de que su vocación no era esa, se dedicó exclusivamente al folletín, que enriqueció con un millón de bellísimas poesías, copiadas y celebradas por toda la prensa española, y de las que nos ocuparemos con alguna detención.

La época por que ha tenido que atravesar Arolas ha sido una época vaga, incierta, indefinible para nuestra poesía, al revés que las anteriores, en las cuales se advierte un carácter mas vivo, y un reflejo de la civilización que domina en ellas. La poeta castellana, aunque informe, fué épica en su cuna, porque la epopeya era una necesidad en aquellos días heroicos; y en el siglo XVI se convirtió en erudita galante, adoptando los nuevos elementos y bases sobre que iba á reformarse la civilización de los pueblos. En el día nuestra poesía, lejos de tener un carácter fijo, se agita en un caos sin creencias, sin brújula, y trabajada como la política por las ideas mas contradictorias. Relajado el gusto, y desdeñado el estudio indispensable de los clásicos, la fraseología suplía á la erudición, y la osadía á la ciencia. Y no se crea que neguemos la existencia de poetas modernos llenos de inspiración y de genio; pero el número es escaso, y casi se pierde entre el vocinglorio de esos plagiarios ó rimadores, que á fuerza de hablar en un tono y en un idioma nuevos, han logrado encontrar admiradores, justificando la célebre sentencia de Boileau: *Un seul trocave toujours un plus sot qui l'admire*. A esta causa mas que á otra alguna debe atribuirse el que no resuenan como debieran los nombres de jóvenes llenos de tanta modestia como talento, y poetas tan notables y dignos de llamar la atención de la moderna España literaria, como el Presbítero D. Juan Arolas. Este poeta, que en medio de la corrupción y del mal gusto, se ha conservado casi siempre en el buen camino, quedando sano y salvo del contagio, como la paloma del Diluvio.

Hase dicho mas de una vez, y con razon, que el alma del poeta se descubre casi siempre en sus cantos. Los del P. Arolas son ese espejo de su corazón, y el eco de su fantasía siempre exaltada y ardiente. En vano ha pretendido descender al terreno de las cosas ó de las pasiones mezquinas; en vano ha acudido á su gran talento para cantar un hecho vulgar: su lira ha desentonado; su imaginación se ha secado; la pluma ha caído sobre el papel como un mazo de hierro. ¿Ha querido, por el contrario, elevarse hasta el Hacedor, y reconocerlo y adorarlo ante la sublimidad de sus obras? ¿ha querido penetrar en los altares de Oriente, y bosquejar sus riquísimas pedrerías y hermosísimas sultanas? ¿ha querido atravesar los siglos pasados, y bosquejar los altos hecos y esclarecidos nombres de que están sembrados? ¿ha querido pintar un amor profundo, ardiente, inmenso? Su imaginación ha aparecido rica de ideas y de brillantez: su pluma ha corrido menos veloz que el pensamiento; y el público, al leer esas poesías, ha podido contar los latidos de amor, de orgullo, ó de entusiasmo que ha dado el corazón del poeta al escribir.

Las poesías de Arolas pueden dividirse en caballerescas, religiosas, orientales y amorosas; pues si bien es cierto que ha escrito algunas por efecto de acontecimientos políticos, ni este es el género que mas le agradaba, ni se han elevado á una altura digna de llamar la pública atención.

Costumbre ha sido en estos tiempos, y costumbre debida á los delirios del romanticismo, empeñarse en escribir la historia de nuestros castillos feudales, las tradiciones de nuestras ciudades, y las hazañas de los casi fabulosos paladines de la edad media; pero bien

analizados estos trabajos, solo se encuentran inexactos recuerdos y falta de conocimientos y de erudición para juzgar y hablar de los usos, de las artes, del lenguaje de aquella sociedad. El P. Arolas ha salvado estos escollos, y en multitud de bellísimas poesías, en que ha descrito ora á nuestros trovadores provenzales, ora al justiciero D. Pedro de Castilla; bien aquellos ardientes amores, ó aquellos caballerosos ceremoniales, ha guardado la fidelidad histórica, ha escrito en aquella habla, y ha sazonado sus leyendas con un sabor tan adecuado, que trasporta al lector, y por decirlo mejor, lo identifica con aquellos tiempos y aquellos hombres. En donde especialmente resalta el mérito de estas poesías, haciendo olvidar la incorrección que se nota en algunas, es cuando describe á sus personajes.

Hablando del rey D. Pedro, dice:

Ostenta rojo y guarnecida manto,  
Y rica toca, cuya pluma inquieta,  
Mejida al aya del nocturno espanto,  
Con hechas de diamantes se sujeta.

En el cinto se ve una daga fuerte,  
Que en ludo como juegos mil retrata;  
Obra prolija de ligera muerte,  
Desusada brilla, y deslumbrando mata.

¿Quién será tan apuesto caballero?  
Bien lo dice el cruzar de su rodilla  
Siempre que mueve el picado ó ligero:  
Es D. Pedro el Cruel, Rey de Castilla.

Y hablando del caballo del Rey D. Sancho:

Monta el Rey un alazan,  
Cuyas crines prolongadas,  
Parece que á besar van  
Las estriveras doradas  
Dó los régios pies están.

Lleva petral de cadena,  
De malla los paramentos,  
Su ferrado casco suena,  
Bebé los helados vientos,  
Y ellos rizan su melena.

La misma facilidad en la versificación, la misma frescura de las ideas, el mismo buen uso de los adjetivos, se notan en sus otras composiciones á *Felipe II*, á *Florinda*, á *Blanca de Borbon*, y otras infinitas que ha escrito de este género, y de las cuales no pocas pueden competir con los célebres romances del Duque de Rivas.

La imitación es uno de los caracteres que deterioran la poesía de nuestra época; y si bien los señores Zorrilla, Rubi y otros notables poetas han escrito no pocas veces con originalidad, siguiendo en otras las huellas, y hasta el pensamiento de los buenos modelos, cosa difícilísima, y que prueba una erudición vasta y un estudio profundo, la mayor parte de los jóvenes dedicados al cultivo de la poesía, seducidos por un falso oropel ó por una deslumbrante fraseología, han caído en el error de imitar lo malo á causa de sus exageraciones, y de desdeñar lo bueno por la misma naturalidad y sencillez de su belleza. El P. Arolas en sus composiciones orientales se ha separado de esta regla general; no ha tenido modelos, no ha imitado á nadie, y solo en alas de su fantasía ardiente, á quien no servía de bastante alimento ni la severidad de nuestras costumbres, ni lo conciso de nuestra lengua, ha buscado entre las Sultanas de Estambul vida para sus amorosos pensamientos; entre los diamantes y topacios de los harenes, galas para vestir sus descripciones; entre las ardientes arenas del Asia, flores para cantar las bravuras del hijo del desierto; bajo aquel sol de fuego, fuego que comunicar á sus ideas; en aquel idioma tan simbólico, exaltación y poesía para sus bellísimas imágenes. Las *Orientales* de Arolas han sido reimpresas en todos los periódicos, y celebradas en toda España; pues si bien es cierto que podrá existir en alguna de ellas demasiado abandono, en ninguna dejará de encontrarse belleza ó novedad; el poeta se olvida de cuanto le rodea, hasta de la rima á veces; y en sus éxtasis poéticos, ya sube á la cumbre del Gabár, ya atraviesa los torrentes del Soeta, ó llora en las soledades del Hebrón.

Imposible nos sería detenernos á elegir entre sus orientales: cada una tiene su mérito y su estilo particular. ¿Quiere describir una sultana? Oídlo:

Las esclavas que allí moran  
Le quitan vestido y lazos,  
Sosteniéndola en sus brazos  
Como un ídolo que adoran;

Y el tesoro de brillantes  
Que descifren de su frente,

Vale una ciudad de Oriente  
Con cien torres arrogantes.

Junto al bien mullido lecho,  
La beldad de nieve y rosa,  
Reclinó su faz hermosa  
Sobre su desnudo pecho.

Como el ave, cuya gala  
Son las plumas de color,  
Que para dormir mejor  
Pone el cuello bajo el ala.

La fruta de Damasco muy querida  
Son tus lábios purpúreos; es tu frente  
Pluma de cisne en el Jordán caída,  
Lirio mecido en oloroso ambiente.

Tus ojos son el arco y la saeta,  
Paraiso de amor de el alma habita,  
Grata vision de celestial profeta,  
Ojos de victoriosa sulamita.

Oídlo también cuando llora sobre las ruinas de Jerusalem:

¡Siempre arenal!... por fin una colina  
Con la silvestre higuera;  
Y la Santa Ciudad allí vecina,  
Cual triste prisionera.

¡Ciudad de las tristezas!... á tu lado  
Su calva sien levanta  
El Gólgota sangriento despojado  
De vívidora planta.

Desnudo está su pedregozo sucio,  
Porque en funesto día  
Tuvo sobre su cumbre al Rey del cielo  
Desnudo en su agonía.

¡Cuánta voluptuosidad en la descripción de la sultana! ¡Cuánta sencillez y melancolía en su invocación á la Santa Ciudad!

Hé aquí cómo describió á Albín-Hamad en unas fiestas dadas por el rey chico de Granada:

Para alancear un toro  
Pide licencia, la alcanza;  
Y después de hacer mesura,  
Afirmase bien, y aguarda.

Prontamente le soltaron  
Un retino de Jarama,  
Que envistió como un leon,  
Con los ojos hechos brasas:

Besó el petral de la yegua,  
Y entonces con honda llaga,  
Mas abajo del testuz  
Le entró la temible lanza.

Fué el bote de pronta muerte:  
Vacila, tiembla, desmaya:  
Con su mole dá en el suelo:  
Tiende la cerviz, y acaba.

En todas sus romances moriscos se advierte la misma facilidad, sencillez y elegancia.

La poesía religiosa ha sido otro de los géneros en que ha descolado el P. Arolas; esa poesía, que le basta tener á Dios por objeto para que marche ataviada con las mas riquísimas galas, ya se la viste con la túnica real, con el velo de las vírgenes, ó con el harapo del mendigo. La poesía religiosa, mirada con tanto desden por nuestros modernos poetas, es á nuestro entender la única que debía ser el objeto de su estudio, y la destinada para marcar la actual época literaria: no la poesía mística de San Juan de la Cruz, sino la poesía animada en su fondo é intención por las glorias del Eterno, adornada con el rico manto que el gusto de la buena escuela romántica ha creado para la literatura, y cantada en el idioma de los ángeles, que es el de la verdad y el corazón. Nuestros poetas, detenidos en su camino por falta de una estrella que los guie, tienen en la poesía sagrada ó religiosa un faro de interminable luz, y un riquísimo manantial donde beber inspiraciones, que brotan engalanadas de oro y púrpura, como dice el inmortal cantor de la batalla de Lepanto, el *diestro Herrera*.

Oigamos si no al P. Arolas en su himno á la Divinidad.

Señor, tú eres Santo; yo adoro, yo creo:  
Tu cielo es un libro de páginas bellas,

Dó en noches tranquilas mi símbolo leo,  
Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas,  
Delante del trono tus ángeles ves:  
¿Quién sabe tus glorias? ¿quién cuenta tus galas  
Si el sol es el polvo que pisan tus pies?

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,  
Y al mar señalaste linderos prescritos:  
Tu amago de enojo produjo el diluvio,  
Tu enojo el infierno, dó están los precitos.

En vano con sombras el caos se cierra:  
Tú miras el caos, la luz nace entonces;  
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,  
Tú mides los siglos que muerden los bronces.

De largo reposo dictándoles leyes,  
Alzaste los montes, gigantes dormidos,  
Poniendo en algunos á guisa de reyes,  
Diademas de fuego, volcanes temidos.

¡Qué belleza en las imágenes! ¡cuánta poesía y grandeza en los pensamientos!

..... ¿quién cuenta tus galas,  
Si el sol es el polvo que pisan tus pies?

¿Quién sino Dios, diremos nosotros, puede inspirar tan poético,  
tan sublime, tan atrevido pensamiento?

Quisiéramos poder copiar ó citar la multitud de hermosas composiciones que nos ha legado el fecundo y brillante estro del P. Arolas: allá en la soledad de su celda, entregado á la meditacion y al estudio, ha recorrido todos los metros, y ha herido todas las cuerdas del humano corazón. Se detiene ante las ruinas de un convento, y esclama:

Era un templo, era un altar,  
Donde llora el desvalido  
Yo lloré, volví á pasar,  
Y era polvo consumido,  
Que tambien me hizo llorar.

El artífice construye  
La morada de Sion,  
El Levita en ella instruye,  
Dá la paz, pide el perdon,  
Llega el pueblo, y la destruye.

Contempla la tumba de Napoleon, y dice:

Duerme tu sueño profundo,  
Duerme en paz, hombre de gloria,  
Ya que no puede en el mundo  
Dormir nunca tu memoria.

Coloso de la fortuna,  
Fundido para la guerra,  
Con la frente allá en la luna,  
Y por pedestal la tierra.

Duerme en quietud eternal,  
Sin sepulcro cincelado,  
Tu lucillo funeral  
Es el pecho del soldado.

¿Duerme!... necia profusion,  
¿Para qué la quieres, di?  
Duerme sin mas pretension,  
Tu nombre te basta á tí.

Que abortó naturaleza  
Peñasco en el hondo mar,  
Lecho para tu cabeza  
Donde puedas descansar.

Que no puede ciertamente,  
Mientras que tú fama zumba,  
Soportar el continente  
Todo el peso de tu tumba.

Los anteriores cuartetos son dignos del talento del poeta que los escribió, del guerrero inmortal á quien iban dedicados; y el mismo Mauzoni, que es el poeta que mejor ha cantado las glorias del vencedor de Europa, no los hubiera desdeñado para sí.

En estas composiciones se vé el corazón del poeta, bien agitado por amargas y filosóficas contemplaciones, bien palpitante ante la gloria y las hazañas del gran capitán de los modernos tiempos.

Sigámosle ahora en esos momentos de dulce melancolía y de arrobamiento amoroso, en que se figura uno ver sus versos y sus imágenes humedecidos con las lágrimas de ternura que han brotado de sus ojos: oigámosle en la poesía que titula *Amar, creer*.

El insecto del estío,  
Que en cáliz de rosa fría  
Tiene un lecho de rocío,  
Y una mesa de ambrosía;

Que ébrio de aroma y placer  
Sobre rama de abedul,  
Se mece al anochecer  
Retratado en lago azul.

Las graciosas yerbecillas  
Que entre las paredes duras,  
Con sus flores amarillas,  
Brotan en las hendiduras.

El río que en vasallage  
Busca al mar continuamente,  
Cual si su grito salvaje  
Le llamase sordamente;

Que responde á sus clamores  
Con sonidos menos fieros,  
Y al pasar besa las flores  
Que nacen en sus linderos:

Río, flor, insecto y ave,  
Pensiles y soledad,  
Sombra leve y aura suave,  
Nos están diciendo: amad.

Ese sol, mina que encierra  
Ricos diamantes de un Dios,  
Que por no abrasar la tierra  
No quiso que hubiera dos;

La fresca y rosada aurora,  
Que á las matinales flores  
Con las lágrimas que llora  
Dá perfumes y colores:

Luna, sol, aurora, estrellas,  
Nos están gritando: «¡Ved  
«Quien formó luces tan bellas....»  
«Hombres, amad y creed.»

Estos bellísimos pensamientos nos recuerdan el no menos bello de un sábio de este siglo, que resume la misma idea en los tres versos siguientes:

Amad el pez, amad el ave,  
Amad la agreste fiera,  
Y la planta y la flor á su manera.

Para hacer el análisis de las obras de Arolas, se necesitarían un tiempo y un espacio de que carecemos, lo cual nos reduce á la necesidad de limitarnos á hacer una breve reseña de ellas.

En 1840, su íntimo amigo Don Mariano de Cabrerizo, publicó en limpios caracteres un tomo de sus poesías *Caballerescas y Orientales*, impresion digna de las bellas producciones que contiene.

En 1843, tres tomos en la imprenta de Mompié con poesías pastoriles y amatorias.

En Barcelona, y en una publicacion denominada *Jardín Literario*, un tomo, en donde tal vez se halla recopilado lo mas selecto y limado de sus versos.

Otro tomo con una leyenda en diversidad de metros, y con el título de *La Súplica del acueducto*, cuyo argumento está tomado de una sangrienta tradición que se conserva en los anales del célebre convento de los Cartujos de Porta-celi, propiedad hoy del señor Don Vicente Bertran de Lis.

Otro tomo, que contiene las poesías de Chateaubriand y la tragedia *Moisés*, del mismo autor, traducidas al castellano, y en verso fácil y elegante. Este trabajo literario, hecho con suma conciencia y profundo estudio, es uno de los mas notables del P. Arolas. El vate español ha sido digno intérprete del ilustre cantor de los Mártires.

Un periódico literario, titulado *La Psiquis*, que enriqueció con multitud de producciones en prosa y verso.

Muchas y muy bellas poesías, de que se halla sembrado otro periódico literario, denominado *El Fenix*.

Y varias traducciones de obras religiosas.

La aglomeración de trabajos mentales á que por muchos años se vio dedicado; la monotonía del cláustro en un alma ardiente y entusiasta; graves y penosos disgustos ocasionados por un exagerado celo; la turbación, los escrúpulos que se introdujeron en su alma candida y sencilla como la de un niño, le produjeron en 1844 una dolorosa enfermedad, acompañada de agudos dolores en la cabeza. Desde esta época hasta 1848 publicó varias poesías, suscritas con las iniciales de su amigo M. C., por no atreverse á verificarlo con las de su respetable y esclarecido nombre. Pero el P. Arolas estaba herido de muerte: su cabeza se debilitaba por momentos, y en vano con el objeto de tranquilizarlo, se le nombró capellan de la Escuela Normal, pues tuvo que abandonar este encargo, volviendo á la Escuela Pia, adonde empeorándose por momentos, llegó por fin el día en que cuadió por Valencia, y se repitió de boca en boca, la terrible

noticia de que el P. Arolas estaba loco. ¡Si! el vate predilecto del Trín, el poeta brillante, cuyos versos estaban en la memoria de todos; cuyo nombre había resonado con aplauso por todos los ángulos de España; cuyo talento creador y modesto era la envidia y la admiración de sus amigos; cuyo carácter bondadoso y angelical inspiraba el respeto y el amor, yacía entre las cuatro paredes de una celda, perdida la razón, y apagado en su mente la chispa divina con que se vio inflamada tantos años!

Dios que lo había criado para la poesía, no quiso robarle la inspiración al decretar en su sabiduría la extinción de su juicio. No hacía versos; pero sus pensamientos y manías eran raudales de brillantes y poéticas ideas.

Óra se creía en el Asia revolotándose entre esmeraldas y topacios, y respirando la esencia de aromáticos pebeteros; óra penetraba en la morada del Eterno y proclamaba sus glorias en éxtasis deliciosos; óra inflamado de honor y gloria cantaba las hazañas de Polonia ó las esperanzas de Abd-el-Kader.

El día 23 de noviembre de 1849 fué atacado de una apoplejía fulminante, y el 28 entregó su alma al Criador, cercado de sus hermanos y amigos, á cuyas lágrimas y suspiros hacía mucho tiempo que respondía con la sonrisa del inocente.

Jamás accedió á los deseos de los que en diferentes ocasiones le aconsejaron la eclusastracción: creía deshonrarse.

Jamás solicitó ni obtuvo la menor recompensa por sus notables producciones; decimos mal!

Óbtuvo un diploma: el de Socio de la Nacional de San Carlos de Valencia.

Óbtuvo una cruz..... ¡y la del martirio!

RAMON DE CARVAJAL.



(Una ruina de la isla de Ischia.)

## IMPRESIONES DE VIAJE. (1)

### SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

Sin pretensiones de ningún género voy á escribir algunos recuerdos de una parte de las provincias septentrionales de España, haciendo solamente algunas reflexiones con la rapidéz del que camina de paso y nota alguna que otra particularidad que esulta su atención.

El primer pueblo digno de mentarse al entrar en la provincia de Santander por la carretera de Valladolid es Reinosá, si bien se ven

antes Aguilár de Campó y alguno que otro lugar, en el camino. Aquella villa está situada en una grande altura: de donde quiera que se váya, preciso es ir subiendo por una cuesta sensible durante unas cuantas leguas. A uno y otro lado no se distinguen sino montañas, sin embargo, algo lejanas; pues que la población se encuentra rodeada de una gran llanura. A tres cuartos de legua está el nacimiento del río Ebro, en un lugarcito que llaman Fontible, cuyo verdadero nombre es *Fontibre (Bons Iberi)*. Allí se ve aparecer el Ebro, á travéz luego un prado del ex-convento de S. Francisco, y cruzar la carretera por el mismo pueblo, bajo un puente de piedra; dirigiéndose despues por varios territorios y provincias, hasta desaguar en el Mediterráneo. Como todos los rios, insignificante, menguado en su origen, se ostenta profundo é impetuoso á medida que se prolonga y que va recogiendo las vertientes y los arroyos que encuentran en su curso: luego á su entrada en el mar, se ostenta orgulloso y soberbio. Tal es el hombre en muchos casos: oscuro, pobre en su cuna, sin justos progenitores, y que vacuabrado por en-

(1) Bendito sea el autor de estos artículos firmados con el nombre de A. B. en cuya época recorrió en autor el país que describe; los símbolos, por tanto, de aquellos que ya está oportunamente acribillado las variaciones que desde entonces heyan podido resultarle. De esta serie de artículos, aparecerán los primeros en un periódico literario de este Norte, que como antes que los otros se publicaban.

circunstancias inapropiadas; se enorgullece, se olvida de su nacimiento y se cree grande y poderoso; y sin embargo, no reflexiona un momento que el Nido, con toda su importancia, no se sabe todavía dónde ha nacido: que la gran catarata del Niágara, cuyo aspecto y cuyo estruendo asombran al viajero, no es más que una reunión de aguas, las que, debido á varias casualidades ó combinaciones, ora forman un charco cenagoso y hediondo; ora una corriente pura y cristalina, ya una playa sóssegada y apacible, ya, en fin, un Océano alborotado y turbulento.

Otro río nació cerca de Reinosa en el sitio que dicen las *donas*; se denomina las Fuentes, y aparece como de repente al pié de un cerro de poca elevación. Este manantial permanece oculto hasta aproximarse uno al gracioso estanco natural en que brotan los diferentes charcos, cuyas aguas van despues á dar movimiento á una de las fábricas de harinero que hay á cincuenta brazas del nacimiento.

¡Cuán diversa y caprichosa se muestra la naturaleza en sus obras, productos y dones! Cria una flor hermosa cual ningún artefice puede imitar, y está espontáneamente, sin trabajo, sin mucho tiempo; mientras que el hombre, para llegar á poseer alguna ciencia, para ser especial en alguna materia, para adquirir alguna celebridad, cuántos años, cuánta paciencia, cuánta constancia no tiene que emplear, aun suponiendo que tenga las disposiciones más felices! Pues qué, ¿Demóstenes, se improvisa orador en la plaza de Atenas? Mirabeau, ¿se hace repentinamente el coloso de la tribuna? Y ¿Chateaubriand y Lamartine, lo mismo que todos los hombres consagrados á las ciencias y al estudio, no han gastado su dinero y la época más preciosa de su vida, y no se han espuesto á perecer víctimas de sus investigaciones, y no han pasado noches enteras en medio de los desiertos, y no han abandonado su patria en busca de grandes escenas y monumentos, y de lejanos países, conducidos como por un destino providencial?

Reinosa es uno de los puntos más elevados y más fríos de la Península; la nieve dura mucho tiempo en las calles del pueblo, lo que hace necesario que los habitantes anden con un calzado de madera que llaman *abarcas* y que más propiamente son *abaracas*, parecidas á las almadrásas de la provincia de Leon, á los zuecos de Galicia y á los galochos de Navarra. Sin el motivo de la nieve, en Reinosa es indispensable valerse de aquel medio para andar por las calles, porque si bien algunas, ó á la menos la principal y las dos plazas, tienen bastante buen pavimento, se ponen, sin embargo, intransitables con el inmenso fango que se reúne á consecuencia de lo mucho que llueve, de la humedad del país, y sobre todo, del continuo tránsito de carros, carretas y toda clase de vehículos con que se hacen los transportes de harinas, desde la conclusion y desembarcadero del Canal de Castilla en Alar del Rey hasta la ciudad de Santander. Así es que al principio causa impresion el ver una señora lujosamente vestida y aliviada, marchar á cualquier parte con sus respectivas abarcas, haciendo un ruido de truenos; costumbre que, contribuyendo al aseo y limpieza, especialmente por el invierno, no contribuye menos á evitar catarros, reumas, etc., á que por otra parte parece que este país debiera estar sujeto; y no obstante, es de un temple sano, y sus habitantes son robustos y bien formados, como generalmente lo son; pero aquí más notablemente que en toda la provincia de Santander. Con todo eso, se les da á las abarcas más influencia saludable de la que merecen quizá, pues sabido es que en las montañas y terrenos muy elevados, los aires son más puros, las enfermedades más raras y las personas más vigorosas: ejemplo la Suiza, la tierra de *Pas*, de que hablaré más adelante, etc.

Puesto que he mentado el Canal de Castilla, no puedo menos de recordar cuánta ventaja y beneficios ha acarreado á las provincias del interior de España, poniéndolas en comunicacion y contacto con el litoral, verificando así una esportacion de harinas en grande abundancia y de un modo seguro á la isla de Cuba, aumentando el valor del trigo, hermoseando las estensas planicies de Palencia y de Valladolid, ofreciendo ocasion y pretexto para la construccion de un gran número de fábricas que bordan las márgenes del Canal, y por el que se ven surcar las góndolas que conducen á los transeantes, las barcas que llevan los granos: todo esto acompañado de movimiento, de vida, de animacion, que se notan en toda su orilla, y en particular en las cercanías de aquellas dos ciudades, donde están los embarcaderos y esclusas, las que tambien aparecen de trecho en trecho cuando el desnivel del terreno lo exige.

Al contemplar un momento este medio de viaje, de comercio y de riqueza, asaltan á la imaginacion mil ideas análogas: ¿por qué en nuestra patria se halla tan atrasada la civilizacion? ¿por qué no se trata de darle todo el impulso posible? Y si nuestros ríos presentan dificultades ó imposibilidad de navegacion, en sentir de los inteligentes, por el rápido curso con que se precipitan, ¿por qué no poner expeditas tantas otras vías como indican las cualidades topográficas y demás que existen en nuestro suelo?

En esto, preciso es confesar que la ignorancia de la economía política y el predominio de antiguos hábitos y rancias preocupaciones han sido fatales entre nosotros. Arribaban de América las flotas cargadas de oro y plata; nunca se pensaba en abrir un canal, en construir un canal de riego, de navegacion, una obra hidráulica: las líneas generales y cuanto hay adelantado sobre esto es moderno. ¿Qué nos quedó de aquella época? Algunos monumentos artísticos; pero en cambio vemos en la actualidad esos puertos de la costa de Cantabria, que en un tiempo fueron un emporio, donde arribó Carlos V cuando vino de Alemania para retirarse al monasterio de Yuste; donde ancló la grande escuadra de Felipe II; puertos tristes, muelles vegaños, de donde salen algunos pobres pescadores que lanzan á duras penas sus barquillas en medio de las aguas para procurarse una subsistencia precaria; donde hasta parece que la mar se retira y huye por no ver tanto desatinamiento y tanta miseria; puertos en algun modo semejantes á aquellas antiguas capitales marítimas de Grecia y Asia, cuyas ruinas sumergen al viajero en una meditacion profunda, y cuyo nombre apenas resuena en la soledad del desierto, ó en sus playas abandonadas y silenciosas, en las que únicamente se oye el melancólico susurro de las olas que espiran blandamente en la arena ó al pié de los muros derruidos y tapizados de yerba!...

En cambio, vemos que no hay carretera que vaya desde la corte á una de las ciudades principales de España, bajo algun concepto, cabeza de departamento marítimo, Cartagena, pues solo llega hasta Albacete. Tampoco tenemos una carretera á Francia por Soria y Logroño, que servia la mas corta. Tampoco la hay por la costa septentrional que abriese desde Portugalete, Santander, Asturias y Galicia. De suerte, que una carta dirigida de Laredo á Castro-Urdiales, que distan cuatro leguas, no va realmente, sino que hace un gran rodeo yendo á parar al interior y volviendo otra vez, tardando más de un día ó dos. También sucede en varios parajes de Castilla, que los caminos reales no son más que la tierra llana, que con el incessante tránsito se fué practicando poco á poco.

No obstante, la provincia de Santander no es la que tiene menos carreteras, pues cuenta cinco, cuales son, la de que ya he hecho mérito, la que se dirige desde Burgos á Laredo por Ampuero y Llampias, la que va desde Balmaceda á Castro-Urdiales, aunque esta es muy corta, pues casi toda corresponde á Vizcaya; la que pasa por Arredondo y sigue por el Real Sitio de la Cabada por un trecho de algunas leguas y se halla por concluir; por último, la general por donde anda la silla de correo, por el puerto del Escudo, Oulameda, Carandía, hasta la capital, uniéndose con la que va de Torrelavaga, una legua antes de aquella, en el punto de Peñacastillo. La configuración del terreno exige muchas más comunicaciones para evitar los caminos escabrosos, pendientes, y las cuestas casi perpendiculares; y además, para hacer expedita la entrada y relacion con algunos pueblos que tienen alguna importancia bajo cierto aspecto, ó pueden tenerla si las circunstancias las favoreciesen: por ejemplo, Santona, una de las plazas fuertes más notables del reino, se encuentra aislada sin que le sea posible progresar en comercio ni industria, á pesar de su puerto cómodo y seguro y de su espaciosa playa. San Vicente de la Barquera tampoco tiene más camino para el interior que uno de carro; así es que esta villa, en otros tiempos tan floreciente, ahora está sin vida y hasta sin medios de adquirirla. Toda la parte de Liébana, esta provincia de este nombre y ahora comprendida poco más ó menos en el partido judicial de Pótes, tan abundante y rica en bosques y arbolados de todo género, van codiciados por los extranjeros, sobre todo para construccion naval, se ve privada de explotar estos recursos por falta de salida y esportacion, pues necesita una carretera hacia la costa: se halla ya empezada, y otra hacia Reinosa para unirla con la general. No faltan proyectos para ocurrir á estas exigencias, pero no pasan en su mayor parte de proyectos.

Si el suelo de esta provincia ofrece incomodidades é inconvenientes, en cambio presenta al observador y al curioso una naturaleza variada y lozana, perspectivas y cuadros vistosos y encañados: ora una cadena de montañas de aspecto imponente y salvaje, seguidas de una hoz ó garganta que da paso á un valle delicioso y ameno, regado por algun río ó arroyo, decorado de árboles frondosos y de casas de campo. Ora se ve el caminero rodeado de elevadas montañas y estrechado en una cañada, y de repente se improvisa una llanura inmensa, un vasto horizonte, á la mar inmensurable en lontananza, que viene á bordar de sus anchas faja azul el extremo del panorama. Ora se va paseando por la costa, recorriendo la vista con una esquadrilla de lanchas de pesca que tienden las alas en algun puerto que todavía conserva un resto de su pasada grandesa. Aquí espesos y conlinagos robledales; allá prados y florestas; ya un establecimiento de baños, ya un castillo ó torreón arruinado, ya la quinta de algun indiano ó titulo de la comarca. Siempre respirando ó la brisa de la mar, aun en las horas de más calor, á el aire de la montaña; de sucul-

que no se conoce el verano, en particular para los que están acostumbrados á sufrir los vapores del estío en las provincias del interior y en las meridionales.

Estos cambios sucesivos é inesperados, estas situaciones caprichosas y pintorescas, esa pronta mutación de campañas, de cerros, de colinas, de encadenadas, predisponen la mente y la imaginación para la poesía. Y sin embargo, y haciendo la cuestión mas amplia sin circunscribirla á ningún territorio, se dice comunmente que en las regiones del Mediodía hay mas instintos poéticos que en el Norte: aserción que era muy dudosa, cuando no falsa, si es que la razón y la historia deben ser escuchadas imparcialmente por los hombres pensadores. ¿Han resonado quizá en el Mediodía los ecos del arpa de Ossian? No; que vibraban en medio de los vientos del Norte, de la bruma y de las ásperas montañas de la Escocia. ¿Anso lord Byron esperó á ser poeta, á escribir su *Paradise Lost*, el odio á su esposa; á enumerar los sentimientos melancólicos y desgarradores de un alma violentamente conmovida, cuando se dirigió al cielo fatal de Misolony? ¿Eran del Mediodía Milton, Shakespeare, Pope, Goethe, Klostoph y toda esa brillante galería de poetas de fama universalmente reconocida, cuya enumeración fuera prolija é interminable? Pues qué, ¿no hay poesía en las nieves eternas del polo, en las emboscaciones entalladas en el hielo, en las eminentes cimas de los Andes y del Monte Blanco; en esa naturaleza ruda, severa y aterradora? ¿Dex del Mediodía Odino, el bardo y el jefe de los escandinavos? Tal vez no se prestarán igualmente á la poesía el viento que zumba, el huracán que derriba los árboles, la tormenta que estrella al bajel contra una roca, el rayo que desmorona la torre feudal, una montaña de nieve que se desploma, como una bella mañana de primavera, una tarde serena del otoño, una noche tranquila y silenciosa, cuando la luna ilumina con su luz pálida y amarillenta? Esto es por lo que hace á la poesía descriptiva; mas tocante á la sentimental, ¿no están los gérmens de ella en el corazón humano, en toda clase de afectos, pasiones y simpatías; en todas las escenas de la vida, independientemente del clima?

Estoy persuadido de que la poesía, como la ciencia, como el genio que los comprende y vivifica, no pertenecen exclusivamente á ninguna nación, á ningún dominio. Son cosmopolitas, universales, son el patrimonio mas pingüe y envidiable de la especie humana. El genio no está condenado como un imperceptible insecto á ocultarse y oscurecerse, sino que su destino es á semejanza del águila altanera, que encumbrada á una altura inaccesible, mira desde allí con arrogancia las nubes, el trueno y las tempestades, la grande estension de la tierra y la inmensidad del Océano.

Vuelvo, pues, á mi propósito, y con este motivo haré una salvedad que debí haber puesto al principio; sin embargo, supongo que aquí no será importante. Esta no es una descripción formal de viajes; mucho menos lo es científica ni artística; por eso la frase inicial del primer artículo es «sin ningún género de pretensiones». Así que omitiré la relación de muchos objetos y monumentos; algunos los describiré á mi manera. Lo mismo sucederá con lo que se refiera al país: no me he propuesto hacer un itinerario metódico. Además, estoy convencido de que para saber geografía, según decía Figaro, lo que conviene es llevar dinero, porque el postillon ya sabrá el camino. También intercalo varias reflexiones y observaciones que parecerán intempestivas en este lugar. Ha adoptado esta conducta, puesto que de otro modo ningún interés pudiera ofrecer esta serie de artículos. Con todo eso, tal es la triste é extravagante condición humana, que prefiere saber lo que hoy y lo que pasa en países lejanos mas bien que en el propio; antes se estudia el mapa de Asia ó Occania que el de la provincia donde uno ha nacido ó donde vive. Antes de saber la lengua española, aprendemos la francesa, inglesa y demás: antes de haber aprendido y practicado las leyes patrias, queremos informarnos de las extranjeras.

Reinosa, aun cuando es el sitio mas adecuado por su temperatura para veranear, sin embargo, no es al que suelen concurrir los *dilettanti* y *fashionables* de la provincia y de fuera de ella: en otra parte, como veremos luego, es el *rendez-vous*.

Por consiguiente, no hago sino mentar ligeramente las curiosidades que Reinosa y sus cercanías contienen. La Colegiata de Cervatos á una legua antes, en la carretera de Madrid; edificio notable por su antigüedad, arquitectura y las figuras en relieve. La mina de carbon de piedra en Ocho, á tres leguas y á poca distancia de dicha carretera. Otra hay en las Rozas, á legua y media de Reinosa, y allí está una magnífica fábrica de cristales de los señores Collantes, Murga y compañía.

Las hábitas y costumbres de todas las provincias bañadas por la costa de Cantabria, tienen mucha semejanza y puntos de contacto; no obstante, respectivamente de Santander, hay algunas diferencias, algunos rasgos peculiares. Uno de ellos es el carácter pacífico de sus habitantes, excepto los *paseos* que merecen un párrafo es-

pecial. Apenas hay dos compañías de guarnición en toda la provincia, comprendiendo á la capital, pero no á Santona. Las autoridades no encuentran las resistencias, entorpecimientos y obstáculos que son delictos en otras á los instintos de desorden y revolución que abrigan en su seno. Otro rasgo que predomina es la creencia que todos tienen de su nobleza; recuerden con orgullo la antigua aristocracia montañesa.

Una palabra ó una acción que en otras partes pasaria desapercibida, aquí dá motivo á una querrela, á una contienda, á una enemistad. Los paisanos son muy pleiteantes y un tanto cavilosos. Todas sus quimeras y altercados, deseos y pretensiones, se convierten en litigios, y solicitudes en oficinas. No se ven, como en otras provincias, delitos de toda género; se cometen pocos; los grandes crímenes son muy raros: el asesinato alevo es un suceso que horroriza á toda la comarca, y queda de él una tradición conducente para contentar á cada uno en los límites de sus deberes. Los partidos políticos, las enemistades legadas entre las familias unas contra otras, las persecuciones tienen poco ó ningún ascendiente; lo mas que hay son rencillas, dimes y diretes propios de pueblos pegueños, lo mismo que se ven en donde quiera; pero es bastante para impedir entre los vecinos y las personas de igual clase el trato frecuente y la igualdad que debieran medir. Tal es la sentencia que gravita sobre los pueblos pequeños: una vida uniforme, monótona, rutinaria; murmuración constante por no haber de qué hablar y por conocerse la gente mas de lo que es preciso; abundancia de mugeres, y de mugeres solteras, porque los jóvenes regularmente no permanecen en poblaciones que no los prometen porvenir; atraído é ignorancia consiguientes á semejantes circunstancias. Una cosa, esimismo, es hasta notable en esta provincia. La moral pública y privada de sus moradores, en especialidad por lo que respecta á la religión. Las costumbres puras, inocentes de esta porcion de la península contrastan con la corrupción é inmundicia que se ostentan descaradamente en otros puntos.

Otra particularidad se advierte desde luego: el buen estado y adelanto en que se encuentran las escuelas primarias; ningún ayuntamiento deja de tener una, y algunos tienen dos, muy concurridas porque los padres quieren que sus hijos aprendan á leer, escribir y contar, para mandarlos á América ó á Andalucía. Generalmente no tienen que envidiar en establecimientos de segunda enseñanza. En la capital hay el Instituto Cantabro, anterior al plan de estudios de 1845; además un colegio de internos y externos, en Villacarriedo, regido por Padres Escultores, al que van de provincias distantes por la reputacion que goza. También existia otro instituto de segunda enseñanza en Potes; pero que hace tiempo se cerró. Estas observaciones dan lugar á otras muchas de grave peso; y si bien no es posible esplanarlas aquí, las enunciaré rápidamente.

Las provincias septentrionales de España son las que mas leen, las que mas se suscriben á periódicos. Las naciones del norte son en las que se han realizado esos admirables inventos que han trastornado la faz del mundo; y lo mismo relativamente á los grandes sacudimientos y sucesos que han producido un efecto análogo.

(Continuará.)—ASTOLIN ESPERON.

#### LA EXISTENCIA DE DIOS.

El rey de Prusia Federico II era apóstol del ateísmo, y se alababa de ello un día delante del sabio Amadú Baconardi, cuyo silencio era muy significativo.

—¿Cómo es eso, le dijo el monarca, eres adicto aun á esas antiguallas?

—Señor, lo soy, porque necesito tener la convicción de que existe un ser superior á los reyes.

#### CANTOS POPULARES DE DINAMARCA.

##### El soldado.

Suena el ruido lúgubre de los tambores destemplados. ¡Ah! ¿Cuándo estaremos en el sitio en que ha de reposar en su glahud? ¡Creo que mi corazón se va á desgarrar!

¡Yo no tenía en el mundo mas que un amigo, y éste es el que conduce al suplicio con armas brillantes y al través de las calles! ¡Y yo soy uno de los que le conducen!

Por última vez contempla el sol que Dios ha criado. Ya está en el sitio fatal, le vendan los ojos... ¡Señor, tened piedad de su alma! Nueve hombres dirigen sus armas contra él. Ocho de ellos deservian sus tiros, porque el sentimiento les hace temblar el pulso: solo yo le he herido exactamente en el medio del corazón.

#### SOLUCION DEL CEROGIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 26.

La solución es el número próximo.